

## Desde la última vuelta del camino

*José María Bengoa*

*Palabras con motivo de la Condecoración  
"Orden Universidad Central de Venezuela"  
al Dr. José María Bengoa  
Caracas, 17 de febrero de 1995*

Quiero ante todo dar las gracias a las autoridades de la Universidad Central de Venezuela, y de manera especial a su Rector Dr. Simón Muñoz Armas, al Dr. Antonio París Pantelone, Decano de la Facultad de Medicina y a la Dra. Alix García, Secretaria de la UCV, por sus generosas palabras y por patrocinar este acto que tanto me compromete. También agradezco a la querida Directora de la Escuela de Nutrición y Dietética, Lic. España Marco y al resto de profesores por esta iniciativa que tanto me honra, y que será un nuevo estímulo en mi larga vida y para mi familia un recuerdo inmarcesible. Los comienzos de la Escuela de Nutrición en el INN en la década de los 50 fueron años de gran ilusión, que se mantiene firme en los profesores y alumnos de hoy.

Debo también señalar en este amplio arco de agradecimiento, el alto significado que tiene para mí recibir esta distinción, nada menos que de la Universidad Central de Venezuela, institución de abolengo singular, que cuenta hoy con 11 Facultades, 45 Escuelas, ofrece estudios para 76 carreras y cuenta con 40 centros o institutos de investigación. Pocos centros en el mundo pueden ofrecer un abanico de posibilidades tan amplio.

En las Universidades europeas y americanas de los años 30, apenas existían 2 ó 3 Facultades, excepcionalmente 5 ó 6. Esta multiplicación de carreras universitarias puede responder a la necesidad de atender la compleja urdimbre de la sociedad actual, cada vez en mayor riesgo de autodestrucción, pero también con posibilidades de alcanzar un grado de felicidad razonable.

Por ello, pues, este reconocimiento que me hacen las autoridades de la Universidad Central de Venezuela tiene para mí tan honda significación, ya que han ocupado en el pasado el alto sitial de rector entrañables amigos como Leopoldo García Maldonado, Julio de Armas, Francisco De Venanzi y Miguel Layrisse, entre otros.

Confieso que siempre me ha impresionado el rito solemne de los actos formales universitarios. Es curioso

que mientras se liberalizan y popularizan las actividades ordinarias pedagógicas de las Universidades — ¡qué contraste con las clases magistrales de los profesores de primeros de siglo!— se haya mantenido intacto el aspecto protocolar de las graduaciones y actos de cierta solemnidad. ¡Qué buen signo es el que se conserven las formas que en muchas ocasiones son el sostén real de la buena marcha de las instituciones!

### **Permitirme un recuerdo muy personal.**

Si hoy estoy en esta tribuna es por la decidida intervención de un profesor de esta Universidad, el Dr. Víctor Grossman, quien me operó hace 10 años de un aneurisma aórtico y a quien rindo desde aquí un tributo de admiración y de agradecimiento, junto a mi querido amigo Víctor Ruesta, quien me puso en manos del Dr. Grossman.

Es usual en actos como este pronunciar unas palabras de carácter íntimo, no para subrayar los méritos propios, sino para reflexionar sobre las limitaciones y agradecer los apoyos que se han recibido a lo largo de la vida.

Comenzaré con un pequeño recuerdo de mis maestros de la época de estudiante en los años treinta.

En la severa Universidad Castellana de Valladolid, el Profesor Misael Bañuelos, me enseñó la importancia que tiene en Medicina la observación del enfermo y el saber oír su queja, aspectos hoy tan olvidados. Con Bañuelos colaboré en su Tratado de Medicina Interna, y recuerdo que el capítulo de cada enfermedad infecciosa concluía con esta descorazada frase: tratamiento higiénico-dietético. Eso era todo.

En Madrid, Manuel Tapia quien me trató durante un año en el Sanatorio Antituberculoso de la Fuenfría, me enseñó a vivir con una dolencia que entonces hacía estragos, cuando todavía no había los medicamentos que hoy conocemos. Un año de reposo me permitió leer toda la literatura española y aprenderme casi de memoria un libro extraordinario: la Patología General, de Novoa Santos.

Más tarde Gregorio Marañón me enseñó los fundamentos de la Endocrinología y Nutrición, pero sobre todo influyó mucho en mí en el estilo de escribir. Se decía de él, con mala intención, que entre los médicos era el mejor escritor, y entre los escritores el mejor médico.

Pero la práctica de la medicina la aprendí en Bilbao, en el Hospital de Basurto, con Juan Viar y Justo Garate, maestros ante el enfermo y ante la vida.

En los años 1938-39 y 40, en tiempos del General López Contreras y como consecuencia de la guerra civil en España, llegamos a Venezuela 29 médicos vascos. Unos con las alforjas de la experiencia llenas, como G. Aranguren, L. Bilbao, J.M. Díaz de Rekarte, Santiago Ibarguen, J. Lartitegui, y otros con los estudios apenas hilvanados. La mayoría nos colocamos como médicos rurales en los Estados Anzoátegui, Lara, Monagas y Delta Amacuro. De aquella época, hasta hace un mes, quedábamos tres supervivientes: J.A. Urrestarazu, que llevaba 56 años de médico rural en Caripe y que hace 15 días ha fallecido; Lorenzo Zarranz, que concluyó los estudios en la UCV, y quien ahora les habla. De otras regiones peninsulares llegaron otros muchos.

Quedan hoy en el ejercicio de la medicina, graduados en las Universidades de Venezuela, más de 20 médicos jóvenes descendientes del grupo de exiliados vascos de los años 39-40, integrados al ser y hacer de Venezuela.

Yo tuve la suerte, nada más llegar a Venezuela en 1938, de tratar con una serie de figuras relevantes de la ciencia médica venezolana, tanto del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social como de la Universidad Central de Venezuela.

En el Ministerio de Sanidad de los años 38 recuerdo la serenidad pausada y ampliamente generosa del Dr. Honorio Sigala, Ministro de Sanidad en dicho año. Fue el Dr. Sigala el que me envió a la población de Sanare, donde pasé los mejores días de mi vida profesional. Junto al Dr. Sigala, en el Ministerio, que ocupaba una vetusta casa colonial, de Conde a Piñango, también estaba el Dr. Amando González Puccini, merideño, con estudios en Italia y que después, casualmente llegó a ser el primer Director del Instituto Nacional de Nutrición en el año 49.

También brillaban por su formación y capacidad el Dr. Leopoldo García Maldonado, que más tarde llegaría a ser Rector de la UCV, quien solía dividir a los venezolanos entre exportables y no exportables. Recuerdo también al Dr. Briceño Rosi, quien por muchos años fue Director del Instituto Nacional de Higiene.

Junto a esa plana directiva del Ministerio de Sanidad, estaban los Jefes de División que constituyeron el baluarte más firme que ha tenido la sanidad venezolana. Cada División contaba con un equipo excelente. Ellos eran Arnoldo Gabaldón, en Malariología y con él estaban E.I. Benarroch, Pablo Anduze, Arturo Luis

Berti, y más tarde Miguel Nieto Caicedo, Tomás Mendicoa, José M. Carrilo, José Gamboa, Marcano y otros; José Ignacio Baldó, en Tuberculosis, en cuyo equipo estaban Julio Criollo Rivas, Isaac Pardo, Elías Toro, Rogelio Valladares, César Rodríguez, Pedro Iturbe, Luis Gómez López, Leoncio Jaso y varios más; Darío Curiel, en Epidemiología y Estadística con Hernández Selly, Elena Ochoa y José Avilán; Martín Vegas, en Venereología y Lepra y con él Jacinto Convit y José Sánchez Covisa; y todavía más cerca de mí recuerdo aquel bondadoso y sabio pediatra que fue Pastor Oropeza, que junto a Gustavo Machado, contaba con un equipo extraordinario de colaboradores, entre ellos Espírtu Santo Mendoza, Ernesto Vizcarrondo, Pedro J. Alvarez, Hernán Méndez Castellano, Gabriel Barrera Moncada, Ernesto Figueroa, Simón Gómez Malaret, José J. Mayz León, Oscar Mayz Vallenilla, Rafael Vera y otros muchos.

¡Qué grandioso equipo!, que condujo a la organización modélica de los servicios de salud en Venezuela. ¿No sería posible repetir lo que se hizo hace 50 años?

Pero además del equipo de sanidad y que por razones obvias estuve más vinculado en esos primeros años, tuve la suerte de tratar a un grupo de investigadores científicos de la UCV en el área de la salud, de quienes tanto aprendí y a quienes tanto recuerdo.

En ese año de 1938 conocí a toda la saga de los Rísquez (tres generaciones), al Dr. José Izquierdo, al Dr. Juan Iturbe, al Dr. Antonio José Castillo, Rector de la Universidad en aquel año, y otros; pero el que fue verdaderamente mi amigo y me ofreció su biblioteca para empaparme de la vida médica venezolana, fue el sabio Enrique Tejera. Nunca olvidaré su afecto y apoyo que me ofreció desde los primeros momentos y que continuó hasta su muerte.

En San Francisco, en el Palacio de las Academias escuché las magníficas clases de él, así como del Dr. José Izquierdo, del Dr. Vicente Peña, y más tarde del Dr. Félix Pifano. También recuerdo las de aquellos sabios que vinieron, uno de Cataluña, Don Augusto Pi Suñer, y otro de Madrid, Don José Sánchez Covisa.

Hubiera sido difícil mi tarea como Médico Rural en Sanare, Edo. Lara, si no hubiera sido por lo que aprendí en aquellas primeras semanas de mi estancia en Caracas en 1938. No quiero dejar pasar sin recordar también al maestro J.M. Ruíz Rodríguez que junto con Cecilio Terife daba clases magistrales ante las camas de los enfermos en el Hospital Vargas. Sus clases y presentaciones de casos eran realmente extraordinarias, muy parecidas a las que yo venía acostumbrado a oír en Europa. Pero el médico pediatra que más influyó en mi vida y, puedo decir, quien me enseñó el ABC de los problemas nutricionales de los niños en Venezuela, fue el Dr. Agustín Zubillaga, de Barquisimeto (qué gran saga la de este apellido vasco-caroreño: más de 30 médicos Zubillaga, durante este siglo). Fue él quien me mostró los casos del síndrome pluricarenal

infantil (Kwashiorkor) lo que después se convirtió en el principal problema que yo tuve que enfrentar a nivel mundial en la OMS. Fue gracias a aquellas enseñanzas amistosas en el Hospital Infantil de Barquisimeto, donde yo adquirí conciencia de la clínica y la prevención de la desnutrición infantil.

Todavía recuerdo aquellos niños hinchados, con lesiones pelagroides, con el cabello descolorido que se caía a trozos, y sobre todo, con aquella tristeza en la mirada que era todo un reproche a la humanidad. Apenas era necesario dar drogas: una comida razonablemente equilibrada transformaba en dos o tres meses aquellos desafortunados seres en niños alegres, activos, con una mirada de cálido agradecimiento.

Cuando llegue a Sanare en julio de 1938, me encontré con una comunidad de más de 30.000 habitantes distribuidos en más de 50 caseríos para ser atendida por un solo médico, ya que tenía que cubrir los Municipios de Sanare, Cubiro y parte de Quíbor debido a que el Dr. Baudilio Lara, médico de Quíbor era ya un profesional anciano. Para atender esos 30.000 habitantes hacía falta una estrategia de acción médica muy distinta a la que yo había tenido ocasión de conocer en Valladolid, Madrid, París y Caracas. Era una medicina necesariamente de perfil tecnológico bajo, no solamente por la cantidad de personas que tenía que atender sino también porque entonces, en los años 38 y 39, la batería médica, tanto en el diagnóstico como el tratamiento, era muy simple. Piénsese que todavía no habían aparecido los antibióticos ni las sulfamidas (el prontasil fue la primera sulfamida que conocí en el año 39 y que salvó muchas vidas en aquella época).

Para darse cuenta de los escasos medios con que se contaba en esa época, podría citar que todavía en 1959, es decir 20 años después de mi estadía en Sanare, el costo cama/día de los hospitales de Venezuela era de Bs. 15,81, es decir, 4 ó 5 dólares de la época. (Gabaldón) No se le ocurra comparar con el costo actual.

Era pues, necesariamente una medicina de baja tecnología pero con alto contenido en la relación médico-paciente. Logré la colaboración de la comunidad y tras varios cursos y charlas informales conté con la ayuda de la comadronas empíricas y los curanderos y acaso de algún brujo. Todos ellos asimilaron bien las ideas que les fui introduciendo y algunos de ellos fueron mis mejores colaboradores. Eso fue posible porque, al cabo de pocos meses, me dí cuenta que en Sanare había muchos enfermos, pero pocas enfermedades. Gabaldón también señaló en la década de los 60, que el 80% de la población enferma de Venezuela, padecía sólo diez enfermedades. Pues bien, yo me dediqué a ese 80% ó 90% de la población enferma, con la colaboración de toda la comunidad. El otro 10% ó 20% era referido a Barquisimeto.

No sé cómo tuve tiempo de atender durante 5 horas diarias el Dispensario, y otras 5 horas a caballo visitando a los enfermos en los caseríos, para que además pudiera concentrarme de noche, a la luz de una lámpara de kerosene y escribir el libro que se publicó en la Revista del Ministerio de Sanidad en octubre de 1940, con el título de "Medicina Social en el Medio Rural Venezolano", libro que por cierto ha tenido ya 4 ediciones. Tal vez, para ciertas cosas es necesario tener 25 años de edad.

Pues bien, esa época de médico rural fue la que más satisfacciones me dio en la vida profesional. Como he repetido varias veces: cuando una vez en la India me preguntaron en qué universidad había yo aprendido las ideas sobre los aspectos sociales de la medicina, contesté con profunda convicción de que decía la verdad, que en la Universidad de Sanare.

En el área que en 1938 yo tuve que cubrir solo, hay ahora más de 20 médicos, pero en su mayoría no viven en la comunidad, lo cual es una gran diferencia.

Los compañeros en el MSAS de esa época están siempre en mi recuerdo: Rafael Rísquez, Alfredo Arreaza Guzmán, Miguel Zúñiga Cisneros, Francisco Castillo Key, Demetrio Castillo, J.T. Jiménez Arráiz, Carlos Luis González, José Ortega Durán, Alberto Mateo Alonso, Carlos Castillo, Salvador Barreto Lima, Jesús Sahagún, Armando Castillo Plaza, Daniel Orellana, Abel Mejías, Víctor M. Bocaranda, Ricardo Archila, Rumeno Isaac Díaz, la enfermera Antonia Fernández y tantos otros. Muchos de ellos formados en Salud Pública en el exterior. No puedo, en este momento, dejar pasar un nombre que tanto influyó en mí: Santiago Ruesta, hombre excepcional en el sentido más amplio de la palabra, que vino de España con las alforjas llenas de sabiduría y bondad.

Conocí también en los primeros años de estancia en Venezuela a científicos jóvenes, como Rafael Vegas, R. Cabrera Malo, Marcel Roche, Julio de Armas, Miguel Layrisse y otros.

Cuando en 1949 y 1950 creamos entre varios el Instituto Nacional de Nutrición, éste había alcanzado un gran nivel tanto en el área científica como en las de acción. En aquel año del 49 llegamos a formar un grupo de profesionales que será difícil que se vuelva a repetir. Junto al Dr. González Puccini estaban Pablo Liendo Coll, Eduardo Páez Pumar, Fermín Vélez Boza, Alfredo Planchart, Werner Jaffé, Otto Lima Gómez, Eduardo Rivas Larralde, Magdalena González, Roberto Añez, Alí Romero, Luis Bianchi Cayama, P. Budowsky, G. Gorra y N. Czythrinicw. Fue un grupo excepcionalmente bueno, de alta calidad, que coincidió en el tiempo con otro grupo extraordinario de la Universidad Central que formó Augusto Pi Suñer, con H. García Arocha, F. De Venanzi, J.M. Cartaya, A. Soto, Marcel Graniel y otros.

La producción de trabajos científicos en esa época fue tan grande que nos vimos obligados a fundar los Archivos Venezolanos de Nutrición, revista que más tarde se transformó en ALAN.

En 1950 se creó la Escuela de Nutrición y Dietética, que en sus comienzos no tuvo el nivel universitario que hoy tiene, pero fue una necesidad sentida para poder encauzar los programas de nutrición y dietética del país. Aquella Escuela, modesta en sus comienzos, en la que todos éramos profesores de todo, fue el comienzo de las bien consolidadas Escuelas de hoy en la UCV, y en las Universidades de Los Andes y del Zulia.

La profesión de Nutricionista es todavía muy joven, y por ello en fase de búsqueda de identidad. Sólo el prestigio científico y la dedicación profesional podrán abrir el cauce de un reconocimiento de la sociedad a sus indeclinables derechos. Las nuevas generaciones de licenciados en nutrición y dietética, están ya señalando el camino a seguir.

Cuando en 1953 se organizó en el Instituto Nacional de Nutrición la III Conferencia Latinoamericana de Nutrición, auspiciada por la OMS y la FAO a la cual asistieron representantes de todos los países de América Latina, la impresión que recibieron los visitantes fue de sorpresa. Inauguramos el nuevo edificio de cuatro pisos, en la esquina de El Carmen construido expresamente sobre un terreno del MSAS, en una Caracas todavía de techos rojos. El costo de la construcción del edificio del INN fue de Bs. 1.858.737,95 (Archila).

La organización que se logró en esos años fue la que indujo a la FAO y a la OMS para pedir con insistencia que yo (podría haber sido otro del equipo), como Jefe de la División Técnica de esa época, fuera a trabajar a las Naciones Unidas. No fue una distinción individual, sino a un equipo. Antes de salir para Suiza hice la reválida del título en la UCV en 1954 siendo rector el Dr. Pedro González Rincones. Los 20 años que trabajé en Ginebra en la OMS como Jefe del Departamento de Nutrición me permitieron conocer los problemas nutricionales de todo el mundo donde predominaban principalmente la desnutrición infantil (Kwashiorkor, Marasmo), Anemias, Xeroftalmia, Bocio endémico y en

áreas limitadas Pelagra y Beri-Beri. Muchas de las ideas que habíamos desarrollado en el INN en Caracas sirvieron para el desarrollo de los programas en Asia, Africa y otros países de América Latina. Me refiero principalmente a los Centros de Recuperación Nutricional que había yo iniciado en Sanare en 1938 y que se extendieron por toda Africa y América Latina. De todos los países que visité, los dos que me dejaron más honda impresión por la calidad de sus gentes fueron la India y México.

Los expertos internacionales de nutrición que más influyeron en mi vida de entonces fueron Nevin Scrimshaw, de EE.UU., George Beaton, de Canada; V. Ramalingaswami y V.N. Patwardan, ambos de la India. Fueron pues años de ajetreo y movilidad continua, tanto para mí como para mi resignada familia.

Regresé a Caracas en 1974 y en las décadas 70 y 80 tuve la experiencia extraordinaria de pertenecer a la UCV como profesor contratado para dictar varias materias en el Curso de Post-Grado de Planificación Alimentaria y Nutricional adscrito al Vicerrectorado Académico. Fueron varios años de gran actividad que me permitieron enriquecer mi acervo científico.

Las últimas vueltas del camino las estoy andando en la Fundación Cavendes, gracias a la generosidad del Dr. Luis Vallenilla, propulsor constante de nuevas ideas. Esta Fundación mantiene estrechos vínculos con la Escuela de Nutrición y Dietética de la UCV, y fruto de esta colaboración es la Revista *Avances de Nutrición y Dietética*, que venimos publicando desde hace casi 10 años.

Larga y rica ha sido pues la vida que me ha tocado vivir, durante más de 80 años, gracias a la comprensión y apoyo de mi familia, sin la cual nada hubiera podido hacer.

También debo agradecer el apoyo y espíritu de tolerancia de tantos amigos contemporáneos, muchos de los cuales están hoy aquí.

Recibo pues este reconocimiento con mi más profundo agradecimiento a las autoridades de la UCV, como el corredor de una carrera de relevos recibe el testigo para dar la última vuelta del camino.

¡Gracias a todos!